

Hasta la orilla

Maki Kashimada

Cuando va a acabar el día es precisamente cuando comienza la jornada para la mujer. Tiene un hombre y, por esa razón, para él, se pone a cortar verduras, añade salchichas y una pastilla de caldo, y empieza a preparar un *pot-au-feu*. La verdad es que el *pot-au-feu* es un plato muy simple y podría elaborar platos mucho más sofisticados, platos con los que satisfacer mis propios deseos, piensa la mujer; aun así, prepara un plato con el que queda insatisfecho su deseo pero que el hombre le exige.

La mujer clava la mirada en el caos que se cuece en la olla, ah, este caos me suena, es el caos que he percibido desde que era adolescente, y tiene una sensación de *déjà vu*: los cotilleos de las otras chicas, su rivalidad y presunción, que ha escuchado desde que era adolescente, y un anormal estado de excitación en ellas por estar excesivamente pendientes de sí mismas. La mujer no podía simpatizar con todo aquello e interpretaba, siempre de forma impasible, el papel de chica normal, aún desde su vaga soledad y melancolía. Recuerda que ella vivía arrastrándose por el aula como si fuera una serpiente, casi asfixiada por el olor a *espray* de desodorante, a espuma para el cabello y a magdalenas que llenaba aquel espacio, su aula, pero no está segura de su recuerdo, gracias, en este caso, a lo confusa que estaba en aquella situación y al sufrimiento que experimentaba cuando se encontraba allí dentro.

Ese profe joven me mira con una mirada indecente, pero a mí no me gusta ni una pizca. Ese cantante que me gustaba, he sido fan suya cuando todavía no lo conocía nadie, pero ahora estoy pensando en dejar de seguirle, porque ya se ha hecho famoso. Todo el mundo dice que fulanita es mona, pero a mí no me gusta su cara, dicen que es más mona que guapa, pues entonces eso significa que no es guapa, ¿no?

Son conversaciones que carecen de sustancia, como el merengue, que surgen y desaparecen. Ciertamente son merengue, pues son ligeras, pero son también el principal interés de las chicas. O lo que es lo mismo, su interés es desahogar cuanto sea posible su exceso de sensibilidad fisiológica. La mujer se va tragando sin más uno tras otro esos desahogos emocionales de las chicas, como un pez de colores que buscase oxígeno, se le hincha la barriga, como una mujer embarazada, y le preocupa que su cuerpo pudiera estallar de un momento a otro.

También recuerda la mujer que, cuando era adolescente, su maestra le dijo: Te veo algo pálida, parece que te encuentras mal. ¿Estás bien? Pero, no sé, aunque parece que estás mala, también parece que estás abstraída y extasiada. ¿En qué estás pensando? ¿No puedes concentrarte?

La mujer era consciente de ello. Era consciente de que estaba en un estado como de éxtasis justo antes de tener un ataque. Y manteniéndose en aquel estado de éxtasis, se hizo adulta y conoció a un hombre. Lo conoció y se casó con aquel hombre sin saber si lo quería o no, porque pensó que así ya no tendría que escuchar aquellos descontentos y aquellas quejas como merengue, como cuando era adolescente.

Sin embargo, un día el hombre le dice a la mujer: Eso que dices no tiene ninguna lógica. Tengo la impresión de estar escuchando una historia vaga, que va a desaparecer como una burbuja. Trato de entenderte y es como si quisiera agarrar una nube.

A la mujer, ahora que escucha *burbuja* y *nube*, le viene algo a la cabeza: Ah, esto es aquello que yo me imaginaba como un merengue cuando era adolescente. Aquellos desahogos fisiológicos vacíos. La mujer se asusta al escuchar lo que le dice el hombre: se asusta al darse cuenta de que ella misma estaba haciendo que se expandiera por su interior aquella gran masa de aire hinchado que tanto le había hecho sufrir y tanta desazón le había provocado, y de que había estaba vomitándola.

La mujer se disculpa de inmediato con el hombre. Se pone pálida como cuando estaba frente a aquella maestra. Pero no está segura de cuál es el motivo de su disculpa. Se disculpa simplemente para que no se vaya de su lado el hombre que la esconde; le pide perdón como una simple excusa. Lo siento, hoy estoy, no sé, un poco rara. Tienes razón: lo que digamos debe ser coherente y bien estructurado, como un monasterio construido en piedra. Perdón, es sólo que me siento un poco rara.

En realidad, se siente rara ya desde que era adolescente, pero la mujer hace ver como si fuese cosa de este momento, pensando: todo sea por que no me abandone esta persona que me esconde.

La mujer tiene un sentimiento de culpa por haber usado las palabras *monasterio de piedra*. Porque la mujer desde hacía tiempo consideraba al hombre como una construcción de piedra: Es grande, pero no cálida. Más bien fría. Decidí ampararme con él para sentirme segura, pero no puedo evitar sentir que, aun estando cerca del hombre, me siento algo asustada de no sé qué. La mujer se pregunta ¿Qué es esta persona? ¿Qué

es esta vaga inquietud, cuando tengo a mi lado una presencia tan grande?

La mujer atisba vagamente que sobre el monasterio de piedra hay una nube oscura que lo domina desde lo alto. Si esa nube derrama su lluvia fría sobre el monasterio y lo golpea con sus rayos, ¿no se derrumbará el monasterio? En ese caso, ¿no me arrastraría la tormenta? El miedo se apodera de la mujer. Este hombre me hace sentir inquieta y parece tener un lado frío. Y con todo, no tengo más remedio que confiar en este hombre. No tengo más opción que depender de él. Soy adicta a esta persona.

Se ha producido un crimen pasional. Una mujer amaba a un hombre, pero lo ha matado mezclando veneno con una bebida alcohólica. Probablemente la mujer tenía intención de suicidarse después de asesinar al hombre: se arrojó al mar, pero fue hallada de inmediato. Al parecer, ese impulso le habría venido de forma repentina. Lo único que cuentan los vecinos es que esa pareja era un matrimonio bien avenido. Dicen que la mujer parecía siempre asustada y nadie podía imaginar que fuera a hacer una cosa así. Cumplía perfectamente las tareas domésticas, incluso mostrando un exceso de celo en ello: las camisas del hombre estaban siempre impecablemente blancas y almidonadas, y desde el extractor de la cocina olía delicioso a salsa de soja con mucho azúcar.

Parecía que la mujer era realmente feliz. Aunque tuviera aspecto de asustada, siempre sonreía y solía salir a echar la basura temprano, con un delantal con estampado de lavanda que decía que se lo había regalado el hombre por su cumpleaños. Este delantal me lo compró él y me hace tan feliz que para mí es como un tesoro. Esto lo repetía la mujer como una muletilla.

Parece que a la mujer le gustaban el melodrama y las novelas de entretenimiento. Solía decirles a las vecinas si habría en la vida real algo similar, algo que nos entristeciese e impresionase del mismo modo. En esas ocasiones, la mujer se sumergía en su mundo de fantasía, daba rienda suelta a sus emociones, se le ponían los ojos rojos, y a veces llegaba incluso a derramar lágrimas.

No me lo puedo creer, una persona tan tranquila, tan agradable, dice una vecina. Si quería tanto al hombre, ¿cómo pudo asesinarlo y querer matarse ella luego? Nunca llegas a conocer realmente a la gente, ¿verdad? Las vecinas comparten todo tipo de murmuraciones. Y sacan el tema una y otra vez, como si les provocara algún placer. Miles

de veces. Igual que cuando la mujer se lanzó al mar y las olas la golpeaban una y otra vez.

Un día la mujer les dijo a sus vecinas: ¿Cómo es que el mar no tiene ninguna forma? ¿Por qué las olas van y vienen tantas veces? Y así y todo, no cambia nada. Es extraño. Las vecinas debían de estar preguntándose: ¿Por qué empieza esta mujer, de repente, a hablar del mar, sin venir a cuento?

Las olas repiten la misma acción una y otra vez, pero en definitiva no producen ningún cambio. Se parecen mucho a nuestro día a día, dijo la mujer. Nosotras hacemos las mismas cosas todos los días: cocinamos, lavamos la ropa, por ejemplo. Y aun así, aunque lo repitamos cada día, nada se acumula y solamente pasa el tiempo, ¿no? Me parece que no he aprendido nada últimamente. Que no he descubierto nada. No he entendido nada. Creo que ni siquiera mi espíritu ha crecido. Me pregunto si podría vivir así día tras día.

Pero, suspiró al parecer la mujer, tal vez esto no puede siquiera considerarse un problema. Porque los hombres sí que trabajan de verdad sin parar. Tendríamos que considerar que ellos viven todos los días como si estuvieran en una revolución. Visto así, debería estar muy agradecida, yo que paso los días sin tener revolución ninguna.

Pero me siento intranquila cuando me quedo mirando el mar, añadió la mujer. Las olas van y vienen todos los días. Me pregunto, ¿será por esta repetición constante que el mar es tan frío?, ¿por eso tiene ese color tan pálido? ¿No será más bien que, poco a poco, algo se nos está viniendo encima? ¿No es posible acaso que el mar acabe por derrumbarse de repente un día?

Las vecinas pensaban que todo aquello no era más que fantasía de la mujer. Asumían que toda aquella imaginación se debía únicamente a que tenía demasiado tiempo ocioso y veía demasiados melodramas. Y ellas estaban tan pendientes de los sinsabores que les causaban sus hijos y maridos que no le prestaron más atención a la pesadilla de la mujer.

Y la mujer se dejaba llevar de vez en cuando por ese tipo de fantasías absurdas y luego volvía a su vida ordinaria. Eso es precisamente lo que hacen las olas, que van y vuelven, pero no hubo ninguna vecina que supiera apreciarlo.

Ninguna de las vecinas lo ve venir. Ni siquiera la propia mujer. Algo enorme, impreciso, que se les viene encima poco a poco, sigilosamente. Ni se dan cuenta tampoco de que aquello tiene una escala similar a la de la revolución que viven los hombres todos

los días en el trabajo.

Los antecedentes del caso de asesinato y posterior suicidio eran así de triviales. Por mucho que se intente aclarar la verdad del asunto, es poco probable que se revele en un cierto tiempo. Porque ese enigma es el mismo que el de por qué las olas van y vienen.

No había nada que distinguiera a esa mujer de sus vecinas. Cargada con aquel cúmulo de indicios amenazantes, la mujer trabajaba con las manos para vivir su día a día. Cada día, cuando sacaba la basura o salía al buzón a recoger el periódico, se encontraba con las vecinas y las saludaba: Buenos días, hoy también hace bueno. Pero si algo distinguía a la mujer es que añadía: Tenemos que estar muy agradecidos por este buen tiempo. Agradecidos. ¿A quién? Ella está agradecida a algo tan grande como el mar. La mujer sí percibía vagamente al menos la existencia de algo grandioso.

La mujer se entera de este caso de asesinato y suicidio por el periódico. ¿Qué estás mirando?, le pregunta el hombre. ¿Qué estás leyendo en el periódico, si tú no te interesas nunca ni por la sociedad ni por la situación del mundo? La mujer, quizás con sentimiento de culpa, cierra el periódico y lo esconde. No, nada, bueno, es que hay un artículo sobre labores de punto, así que me ha llamado la atención un poco más que de costumbre y lo he leído, sólo eso. Por cierto, ¿qué quieres cenar hoy?

El periódico está aún en las manos de la mujer. Por alguna razón, la mujer siente que el periódico le está robando la temperatura corporal. No sé por qué me he puesto tan alterada, por qué se me ha subido la sangre a la cabeza. Ha sido solo un instante y luego, de repente, me he quedado pálida y parecía que la temperatura de mi cuerpo iba cayendo rápidamente. ¿Qué me pasa? Nunca he tenido esta sensación. Como si se compadeciera de la mujer, el gato negro que ambos tienen en casa frota su cuerpo contra la pierna de ella. En ese momento, la olla a presión rompe a hervir.

¡Ay!, la mujer apaga el fuego de la olla. Lo siento, estaba un poco abstraída.

Lo siento, lo siento. La mujer siempre pide perdón al hombre. Pide perdón al hombre aunque no haya hecho nada. Si esta persona desapareciese, me derrumbaría. Derrumbarme sería lo mismo que si llegara el fin del mundo. Hay quien dice que es irrelevante para el mundo que una persona como yo desaparezca, pero yo no lo creo. Mi principal interés soy yo misma y nada más. Así que cuando yo me haya acabado, también

el mundo se acabará. Por eso me disculpo con él. Porque quiero estar siempre a la sombra de sus alas. Porque quiero evitar que el mundo se acabe.

Por eso, piensa la mujer, apretando el periódico en sus manos. Por eso entiendo bien a esta persona que sale en el periódico, que matara al hombre y se arrojará al mar para suicidarse. Porque es duro pensar en este hombre para siempre. Por eso me planteo incluso ponerle fin a ello. A mi relación con esta persona, al mundo, a todo.

Sé que no puedo hacer míos todos los intereses de este hombre. Por eso he sido siempre adicta a este hombre y sufro síndrome de abstinencia sin él. El síndrome de abstinencia es tan doloroso que preferiría matar a este hombre y suicidarme luego.

Desde entonces, la mujer lleva siempre encima el recorte de periódico de aquel artículo y piensa todos los días en el caso del asesinato y posterior suicidio. Mientras posa la mirada en la olla a presión ardiente. ¿Qué tipo de veneno sería lo que echó aquella mujer? ¿Cómo lo había conseguido? ¿Cómo lograría hacerle beber al hombre el licor con el veneno?

Y, además, piensa la mujer, ¿qué sentiría ella cuando se tiró al mar para suicidarse? ¿Por qué eligió esta mujer arrojar al mar? ¿Estaría muy frío el mar? ¿Será muy doloroso cuando ya no puedes respirar bajo el agua? ¿Será esa una muerte tan cruel?

Mientras piensa estas cosas, el hombre le dice: ¿No está todavía la cena? En ese momento la mujer deja de pensar. La mujer escucha lo que le dice el hombre. Le habla de los compañeros de la empresa, del trabajo en sí, de la economía mundial. La mujer asiente de vez en cuando mientras va comiendo la cena que ella misma ha preparado. Sin embargo, en un rincón de su cabeza, sigue pensando en el caso del asesinato y posterior suicidio. Como si fuera un bajo continuo.

Y un día la mujer dice: Oye, ¿por qué no vamos al mar? El hombre se sorprende: ¿En esta época? Si vamos al mar en esta época, que hace ya frío, lo único que podemos hacer es mirar el mar gris y ver las olas blancas romperse al chocar contra las rocas.

No importa, responde la mujer. Sea como sea, me gustaría ir al mar,

aunque estemos ya en una estación más fría. No me importa, porque no tenía intención de bañarme. Quiero ir al mar solo para ponerme frente al mar.

El hombre no detecta nada en la propuesta siniestra de la mujer. Se limita a inclinar la copa de cristal tallado con sake frío e intenta decir algo: Mira, la luna se refleja dentro de la copa. Es una noche hermosa. Es verdad, responde la mujer. Las noches son siempre bellas y tranquilas. Luego piensa para sus adentros: Porque es siempre de día cuando me entran ganas de ponerme a gritar por todo lo alto.

La mujer se pone pálida y le pregunta: Cariño, tú, de verdad ¿me quieres? El hombre se sorprende. ¡Qué boba eres! Si no te quisiera, no estaríamos juntos. La mujer susurra: No, no es eso lo que quiero decir, y se calla. No me basta con ese tipo de amor normal. No quiero que me ames como se ama a una mujer corriente. Quiero que me ames de otra manera.

La mujer se queda pensando: A decir verdad, no quiero que le interese siquiera mi parte femenina. Lo que quiero es que recuerde aquellos días, antes de que me hiciera mujer, cuando era todavía una niña, aquel tiempo en que estaba a punto de asfixiarme, y quiero que ordene esta conciencia turbia, que me ame y que me haga sentir segura. Ojalá este hombre me amase así, con todo mi pasado.

La mujer dijo en voz baja: No, no me amas, pero no le llegó al hombre.

Muchas mujeres se miran también hoy en el espejo. Las mujeres se peinan, se dan colorete, se pintan los labios y se echan perfume. No lo hacen para nadie, ni siquiera para el hombre, sino sólo para sí mismas. Se quedan embelesadas mirándose al espejo. Son conscientes de que si apareciese una joven idéntica a ellas, ellas mismas la devorarían. Se imaginan qué satisfacción sentirían si pudieran devorar esa proyección de su yo y que quedara intacta, sin ser profanada por aquellos hombres.

Las mujeres, vestidas con telas vaporosas de seda fina, saltan, juegan y se ríen. Como si estuviesen en un clímax de placer. Como si no hubiera sufrimientos, ni pasados ni futuros. Comparten *macarons* de colores pastel, se guiñan el ojo y planean cuál será la próxima travesura que vayan a hacer. Son, como aquellas doncellas de la costa de Baalbek, tan parecidas entre sí que carecen de personalidad individual y resultan un mero colectivo de doncellas.

Las doncellas seguirán jugueteando eternamente sin descomponerse y sin su individualidad. Si la mano sucia y nauseabunda de un hombre llega a tocarlas, le infligirán el más cruel castigo, el de ser ignorado y luego olvidado. Y se comportarán como si aquella profanación nunca hubiera ocurrido.

Lo único que puede violarlas es la sagrada anafrodisia. Lo que explica que nunca vayan a descomponerse es que son extraordinariamente inorgánicas, como los minerales. Las doncellas flotan, pero van siendo capturadas por presagios que, del mismo que ellas, flotan también a su alrededor. Melancólicas sombras de negro brillante que se les acercan sigilosamente. Una locura sin pasión que convierte los cuerpos de las mujeres en algo más que simple carne.

Aquella mujer que, en un primer momento, se vio abocada al asesinato y posterior suicidio era originalmente una de estas doncellas del sol que nunca había previsto un futuro en el que se arrojaría al mar para suicidarse, pero eso le fue llegando a un ritmo inalterable. Por eso, este caso de crimen pasional le resulta familiar a la mujer que continúa en una relación ambigua sin saber si el hombre la ama o no. Del mismo modo que la olla a presión de la mujer rompe a hervir y a chillar tan pronto como la pone sobre el fuego, así también ella se siente impelida a actuar.

Pero para la mayoría de las mujeres, comprar veneno requería demasiada perseverancia y cualquier arma blanca resultaba pesada para blandir. Por eso, muchas mujeres, a pesar de ese presentimiento siniestro, seguirán viviendo sus vidas hasta el final, pero con el corazón agitado.

Por eso, la mujer coloca también hoy la olla a presión sobre el fuego y sueña con el caso del asesinato y posterior suicidio. Como si fuera algo voluptuoso. Mientras se queda mirando el interior turbio y blancuzco de la olla. Como si fuera un melodrama. Para la mujer, este es su principal interés, pero no le queda energía para llevarlo a cabo. Así que la mujer meramente lo imagina, y dice ¡Qué horror!, y piensa que algún día podría hacerlo también ella misma, y siente de nuevo ¡Qué horror!, y entonces deja de imaginarlo.

Un día, cuando salió a tirar la basura, la mujer se encontró a un matrimonio que iba con su equipaje y a un niño que llevaba una mochila a la espalda. Nos vamos al mar, le dijo la madre. Ya sabemos que hace fresco en esta época

del año, pero el niño, que es el príncipe de casa, insiste en que vayamos de picnic a la playa, no sé por qué, así que mi marido y yo hemos decidido coger el coche e irnos a la costa.

Ah, sí, ya veo, responde la mujer. Ya hace fresco, o incluso casi frío, pero así y todo, que tengan buen viaje. Y anden con cuidado. Si ahora las olas los arrastraran, sería una tragedia.

¿Qué le pasa?, dijo el marido. ¿Se encuentra usted bien? Tiene los labios morados. ¿Es que no come bien? ¿No duerme bien?

Sí, eso es, confiesa la mujer. Últimamente no me encuentro muy bien; a veces tengo unos sofocos muy fuertes y luego de repente me quedo helada.

Eh, trátala con más consideración, interviene la esposa. Las mujeres a esta edad tenemos muchos cambios en el organismo. ¡Qué poco tacto! ¡No me puedo creer que le hables así de estas cosas!

Lo siento, la esposa se disculpa con la mujer. Yo la entiendo perfectamente.

Venga, date prisa, dice el hijo. Y le tira de la falda mientras añade: Vamos rápido al mar.

De verdad que no se puede con este príncipe caprichoso. Nos vamos.

La mujer les dice buen viaje y la familia se sube al coche. El coche se pone en marcha.

Tengan cuidado, susurra la mujer al coche.